

invisible: de recuerdos, ciudades y fotografía

José Luis Bravo

La relación fotografía – ciudad es una constante desde que en 1839 el daguerrotipo hace su aparición oficial en Francia. Desde el primer instante y gracias a la proliferación de interesados en el nuevo invento, las vistas de la ciudad se multiplican convirtiendo París en el primer gran sujeto fotográfico.

París será la primera ciudad en ser vista (descubierta) como Artemisa por Acteón. Pero con la diferencia de que ahora los asistentes al encuentro tienen una herramienta capaz de guardar lo visto para disfrutarlo desde la intimidad, volviendo lo público privado, y estando exentos del castigo divino.

Así, la ciudad, el entorno más inmediato, lo que se ve desde las ventanas, seducirá al ávido cazador de imágenes y se convertirá en el leit motiv para el novel fotógrafo (seguramente, simple feliz poseedor de una cámara fotográfica) que por vez primera tiene el poder de aprehender el mundo y guardarlo (incluso del tiempo mismo) para sí y sus recuerdos.

Esta primera ciudad pronto trascenderá sus límites y se extenderá a otras, ya sean modernas o antiguas, que estarán siempre presentes en las imágenes que les son contemporáneas, pasando a ser preponderantes entre los muchos otros sujetos de los que se ocupará la fotografía a lo largo del tiempo y proponiéndose como el mejor reflejo de una sociedad en un momento determinado.

Sin importar dónde esté y cuál sea, la ciudad siempre ha estado sometida al paso del tiempo y a los cambios que éste le impone: ciudades olvidadas, en ruinas, redescubiertas, negadas, transformadas, destruidas y creadas, superpuestas en estratos a menudo aún diferenciados que la convierten en una misma ciudad que es, a su vez, el contenedor de muchas otras. Ciudades cuyos nombres y fisonomías se transforman en aras del tiempo y la modernidad dejando rastros de tiempos pasados (a veces mejores) en sus fachadas, muros e interiores.

La voluntad de guardar o documentar los distintos estadios de una ciudad mediante el potencial de la fotografía es recurrente en gran parte de la producción fotográfica mundial. Una voluntad que se conjuga con el saber hacer de algunos fotógrafos capaces de dejar su impronta incluso sobre el mismo sujeto fotografiado generando, no sólo un simple registro objetivo de la ciudad, sino imponiendo también una visión personal de los lugares visitados: imaginarios privados que trascienden el ámbito personal y pasan a ser válidos para todo el que los mira y conoce o reconoce la ciudad en ellos.

A la luz de todo lo anterior, el ejercicio de la memoria me parece fundamental dentro de la estructuración de un proyecto como *invisible* y de la fotografía misma. Una ciudad que sólo existe en el recuerdo de algunos de sus habitantes que han compartido un espacio-tiempo, me parece imprescindible de rescatar. En este sentido, desde el recuerdo se recuperan y reivindican espacios que no desaparecen por más que se empeñen el tiempo o la ley de la oferta y la demanda y que, por tanto, no pierden validez frente a los “nuevos” espacios que día a día reconfiguran la cara de la ciudad.

La nostalgia del recuerdo de algunos se convierte en la sorpresa y el descubrimiento para otros y en herramientas para un mejor entendimiento de las transformaciones que ha sufrido el territorio, tanto físico como emocional, que habitamos.

invisible revisita este gran paradigma: la ciudad entendida como un territorio que se expande más allá de los límites de la experiencia personal o de los supuestos espacios que la representan. Después del centro se encuentra inequívocamente la periferia, los límites de la ciudad que, aunque no tan turísticos como el centro publicitado y exaltado, existen y son parte fundamental de su configuración a nivel espacial y social. Una periferia que nos regala nuevas nociones de ciudad y nuevos habitantes que están reconfigurando el mapa formal y emocional de este territorio, y que generan un amplio interés en la mayoría de fotógrafos que buscan esta imagen más “real”.

Desde el punto de vista de la calle, donde se vive y por lo general se hace la fotografía, resulta difícil entender la complejidad de una ciudad y prácticamente imposible ver sus fronteras ya sean físicas o simbólicas. Como Nadar, sería necesario fabricar un globo aerostático, que más tarde siempre se podría alquilar (cosa fácil en ciudades que cada vez más son devoradas por el turismo), para poder ver los límites, dónde empieza y dónde termina, y poder abarcar todo lo que contiene. A falta del globo, tenemos la riqueza de todos aquellos fotógrafos que desde su óptica personal nos ofrecen distintas miradas sobre un espacio vivo y en constante cambio, en esta ocasión, Barcelona.

Imágenes como las de Manel Úbeda o Martí Llorens nos recuperan una ciudad inexistente pero no invisible que ha dejado su paso a otra distinta. Imágenes que se suman a los espacios propuestos por Xavier Ribas que nos descubren otra Barcelona a través de un proyecto que será referente a su vez para otros autores. Proyectos todos ellos que desde posiciones personales tocan el mismo sujeto: la ciudad que vemos desde las ventanas y que es nuestro entorno más inmediato y determinante, y que, sobre todo, es capaz de contener todas las obsesiones e inquietudes de los autores que desde la fotografía la visitan una vez más.

José Luis Bravo
Barcelona, Febrero de 2008

Publicado en:
invisible PHOTO 01 BCN (revista de fotografía de autor y ciudad)
Edición: invisible-Ajuntament de Barcelona
Barcelona, 2008
ISBN: 978-84-612-6745-3